

al fin todos se tranquilizaron; las dos Repúblicas hicieron alianza; Ginebra se agregó á Francia, y los baillatos italianos que habian tratado de unirse á la cisalpina, constituyeron un nuevo canton helvético.

Triunfo
de
Buona-
parte.

En medio de todo esto, Buonaparte habia regresado á Francia, siendo recibido triunfalmente por todas partes. La modesta habitacion que habia escogido en Paris, dió mayor realce á los desacostumbrados honores que se le tributaron, y en la bandera que presentó el Directorio al ejército de Italia, se leía en letras de oro: « El ejército de Italia hizo ciento cincuenta mil prisioneros; tomó ciento setenta banderas, quinientas cincuenta y cinco piezas de sitio, seiscientas de campaña, cinco equipajes de puente, nueve navíos, doce fragatas, doce corbetas, diez y ocho galeras. Armisticio con los reyes de Cerdeña y de Nápoles, con el papa, con los duques de Parma y Módena. Preliminares de Leoben. Convencion de Montebello con la República de Génova. Paz de Tolentino y de Campoformio. Libertad dada á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa, Carrara, de la Romanía, de la Lombardia, de Brescia, Bérgamo, Mantua, Cremona, parte del Verones, Chiavenna, Bormio, la Valtellina; á los pueblos de Génova, á los feudos imperiales, á los departamentos de Córful, del Mar Egeo y de Itaca. Remision á Paris de las obras maestras de Miguel Ángel, Rafael, Leonardo... Triunfo en diez y ocho batallas ordenadas: Montenotte, Millésimo, Mondoví, Lodi, Borgheto, Lonato, Castiglione, Roveredo, Bassano, San Jorge, Fontanaviva, Caldiero, Arcole, Rivoli, la Favorita, el Tagliamento, Tarvis y Neumarket. Pelea en sesenta y siete acciones. Parecian no tener término los festejos con que se obsequiaba al jóven héroe: la calle donde estableció su habitacion fué llamada calle de la Victoria y los periódicos referian todos sus actos y gestos como si fuera un rey. El ostentaba modestia: solo por complacer á Josefina, viuda del conde Beauharnais, muerto en el patíbulo revolucionario, y mujer á quien amaba con pasion y por gratitud, se presentaba en las diversiones; aceptó un puesto en el Instituto y se presentó en él con el traje académico; conversaba con los hombres eminentes en cualquier facultad, hablando á cada uno de la materia en que estaba versado, y el pueblo empezó á distinguirlo como suyo y á maravillarse de que con tanta gloria tuviese tan poca ambicion. No tenia en efecto aquella ambicion pequeña que se gastó en mezquinas intrigas, y dirigia sus miradas á un punto mucho mas alto de lo que podia creer el vulgo.

El Directorio le confió el mando del ejército de Inglaterra; pero á Buonaparte no le lisonjaba un desembarco en aquella isla, que no haria mas que consumir los recursos ó irritar los ánimos; y se inclinaba de mejor gana hácia el Oriente, de donde habian venido todas las cosas grandes.

La posesion del Egipto, país intermedio entre la Europa y la India, era indispensable si habia de convertirse el Mediterráneo en lago frances. Buonaparte, despues de haberse apoderado de la marina y de los materiales de Venecia, habia enviado al almirante Brueys á tomar posesion de las islas venecianas de Levante, conociendo su importancia para dominar en aquellas aguas, para dar un golpe al poder inglés en Egipto y para abrirse una comunicacion directa con Oriente, si alguna vez los enemigos ocupaban el Cabo de Buena Esperanza. Con esta idea que siempre tuvo fija en su mente, solicitó el mando de una expedicion, tanto mas agradable para él cuanto mas inesperada y novelesca. No queria el Directorio exponer á la suerte de un combate naval á cuarenta mil hombres y al general mas temido y de mas prestigio, ni tampoco arrosstrar la enemistad del Austria y de la Puerta. Pero el héroe de Italia insistió de tal modo en su pensamiento, que obtuvo que se le dieran tres millones de francos, arrebatados del tesoro de Berna, é hizo con gran secreto los preparativos. Desaix y Kleber, generales eminentes, quisieron acompañarlo, ademas de otros muchos que ya se habian ilustrado con él en Italia. Llevó tambien una imprenta oriental tomada á la Propaganda de Roma y muchos hombres científicos, pintores y otros artistas; en suma, se preparó para ir con él una pléyada de valientes y de sabios. La nacion estaba ansiosa de saber adónde se dirigia, y el misterio daba mayor grandeza al jóven héroe, mientras que Inglaterra recelosa enviaba á Nelson para vigilar los puertos franceses y excitaba los temores de todos los monarcas contra la propaganda republicana.

Buonaparte zarpó de Tolon con el ejército de Italia, mandando Brueys la escuadra, que se componia de trece navíos de linea franceses y dos venecianos de sesenta y cuatro cañones, seis fragatas venecianas y ocho francesas, setenta y dos buques menores y cuatrocientos de transporte; en todo quinientas velas con cuarenta mil hombres de tropa y diez mil marineros.

La órden de Malta, último resto de las Cruzadas, habia pasado el siglo precedente en la oscuridad entre pequeñas cuestiones interiores y conjuraciones disipadas; pero su mision habia concluido. Caballeros ociosos y discolos elegidos entre los hijos menores de las grandes familias, para quienes el voto de castidad no servia sino de motivo á un nuevo sacrilegio, disfrutaban riquísimas encomiendas en todos los reinos. La marina con que habrian debido defender las costas del Mediterráneo de los ataques berberiscos, conservaba apenas alguna galera para excursions de placer, y entretanto los Argelinos venian con grande audacia á asolar las costas de Italia. Debía, pues, perecer semejante órden, y era evidente que á la primera ocasion se apoderaria Inglaterra de aquella isla. Buonaparte quiso ganarla por la mano; efectuó por sorpresa un desembarco, y el gran

Egipto.

1798.
10 de
mayo.

Toma
de
Malta.

